pido eternamente. Acuérdome haber llorado siendo niño, pero jamás, jamás había conocido semejantes lágrimas.

Mientras así me hallaba inundado, sentí que se levantaban en mi pecho, atormentado por la conciencia, los más desgarradores remordimientos sobre mi pasada vida. Súbitamente, como por intuición, ofrecí á Dios una confesión general, interior y rápida, de mis enormes culpas desde mi adolescencia. Todavía las estoy viendo por miles, pintadas delante de mí, hediondas, repugnantes, escandalosas y dignas de la ira del Juez de justicia.

No obstante, también sentí, según la desconocida calma que derramaba su bálsamo consolador en toda mi alma, que el Dios de misericordia me las perdonaría, que apartaría su mirada de mis iniquidades, se apiadaría de mi sincera contrición, de mi dolor amargo, y de mi vehemente arrepentimiento. Sí, yo sentí que me perdonaba, que aceptaba en expiación mi firme resolución de amarle sobre todas la cosas, de convertirme á él. Al salir de aquella iglesia de Ems, ya era yo cristiano. »

Volvió Hermann á París dominado por la gracia; y fué bautizado en la capilla de N.-S. de Sión, el 28 de agosto de 1847, fiesta de *san Agustín*, cuyo nombre iba á tomar, al vestir el hábito religioso. Se había preparado á recibir el santo bautismo con serios estudios, y largo ejercicio espiritual. El abate Legrand, que había tenido la dicha de sembrar la primera simiente en el alma del neófito, coronó su obra echando sobre su frente el agua regeneradora.

(*Conversión del pianista Hermann, par* J. B. G. y *Messager de la Charité, par* G. CADOUDAL.)

DÍA CUARTO

CONSIDERACIONES SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Uno de los más bellos privilegios de María es el de haber sido concebida sin pecado riginal; por eso la Inmaculada Concepción es una de las fiestas más gratas á su corazón. Consideremos pues hoy en qué consiste la Inmaculada Concepción, y por qué debemos creer en ella.

PUNTO I°. — ¿En qué consiste la Inmaculada Concepción? Con proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, la Iglesia no quiere decir que María fué concebida en el seno de su madre por obra del Espíritu Santo, cual ella concibió á Jesucristo; eso sería atribuirle un origen divino y milagroso como el de Jesucristo, lo que es absurdo; quiere decir sencillamente que María, desde el instante en que fué concebida en el seno de Santa Ana su madre, fué preservada de la mancha original que todos contraemos por nuestra descendencia de Adán. Adán el primer hombre, dice un filósofo cristiano [1], era como el hombre universal, por encerrar en sí toda la naturaleza humana. Por consiguiente,

1. A. Nicolás, *Nuevos estudios filosóficos*, 2ª *parte*.

toda la naturaleza humana fué inficionada con su pecado. Un pecador engendra pecadores, y por sucesión funesta, una progenie criminal. *Vivió Adán,* dice la Escritura, *y engendró á imagen y semejanza suya* [1].

Por justo juicio de Dios, que queda misterioso para nuestra pobre razón, pasó el pecado de Adán á todos sus descendientes. Lo que hace que diga David: *Fuí concebido en la iniquidad, y me concibió mi madre en el pecado.* Y no es que David quiera decir que le concibió su madre pecando, sino que fué manchado con el pecado en el momento en que se hizo hombre. Proclama san Pablo la misma verdad cuando enseña que, *por nuestra naturaleza somos hijos de ira* [2]. Esa es la infeliz condición de todos nosotros; por eso estamos sujetos á la ignorancia, á la propensión para lo malo, á los padecimientos y á la muerte.

¿En qué consiste pues la Inmaculada Concepción y qué es lo que enseña la Iglesia al enseñar que María es inmaculada? Quiere decir que María, desde el momento de su concepción, fué preservada, por un privilegio que le es proprio, de esa mancha original que nos hace, por nuestra naturaleza, hijos de ira; mancha que contraemos por nuestro origen en Adán, y que queda borrada con el bautismo.

1. Gen. v, 3.
2. Eph. II, 3

Ahora, si se me pregunta cómo pudo hacerse esa excepción, no se puede contestar más que una cosa: « Se hizo por la gracia de Jesucristo; esa gracia, cuya virtud omnipotente rescató á todo el género humano del pecado original, pudo muy bien preservar de él á María. Es sin duda un milagro, pero no es ese milagro más extraño que los demás portentos que componen la vida de la bienaventurada Virgen. » Hay más; todos los privilegios que goza María, y que sin dificultad admitimos, suponen ése, y no son más que consecuencia de él. Así pues: fué exenta de la concupiscencia; ¿por qué esa exención, si nace como nosotros con el pecado original? ¿No es su consecuencia rigorosa la concupiscencia? Parió sin dolor; ¿por qué esa exención de la ley general provocada por el pecado original, si ella no estuviera exenta del mismo pecado original? Muere sin agonía, y queda su cuerpo libre de la corrupción del sepulcro; y sin embargo la agonía y corrupción son consecuencias del pecado original; si María fué mancillada por el pecado original, ¿por qué esa exención? Luego si negamos la Inmaculada Concepción, cada acontecimiento de la vida de María supone nuevo milagro; si la admitimos, todo queda explicado naturalmente. — Ella es inmaculada, desde luego debe estar libre de todo cuanto es consecuencia y castigo del pecado: de la concupiscencia, de la agonía, de la corrupción del sepulcro. Se ha

dicho que, sin el pecado original, sería el hombre un enigma inexplicable; puede también decirse de María que, con el pecado original, es su vida un enigma todavía más inexplicable.

Punto II°. — Motivos para creer en la Inmaculada Concepción. La Iglesia, por boca de Pio IX, el 8 de diciembre 1854, en presencia de cincuenta y tres cardenales, de ciento cuarenta y tres arzobispos y obispos venidos de todos los puntos del mundo, declaró que María es inmaculada. Desde aquel día por siempre memorable en los fastos de la Iglesia, la Inmaculada Concepción es un dogma, un artículo de fe que es forzoso admitir, ó renunciar á ser fiel cristiano. Sólo esa razón basta para que creamos con todo corazón en María Inmaculada; pero ¡ cuántas otras razones concurren á corroborar ésa, y justificar la decisión de la Iglesia, si es que una decisión de la Iglesia necesita justificación!

1° Jesucristo por su santidad debía nacer de madre inmaculada ¡Cómo! ¡Aquel que encuentra mancillas hasta en los ángeles [1], aquel que no se complace sino en medio de los lirios [2], hubiera consentido en tomar nacimiento en una carne que el pecado habría mancillado! ¿Cómo creerlo? La mancha de la madre hubiera sido oprobio para el hijo; y en efecto, dice san Agustín, la carne de Jesús era la carne de

1. Job. IV. 16.
2. Cant.

María; si María habiese sido concebida en el pecado, hubiera comunicado á Jesús una carne ajada por el pecado; ¿ quién no retrocede ante semejante consecuencia?

2° Jesús debía por gloria suya preservar á María de la mancha original. ¿ Cuál fué el objeto del Hijo de Dios al venir al mundo? Hacer pedazos el imperio del demonio, y destruir el reino del pecado. Pues bien, él venció al demonio en todos los cristianos quitándolos del pecado con la virtud del bautismo. — Y todos los días triunfa de él purificando á los pecadores con el sacramento de la penitencia. — Ya le había vencido antes de su nacimiento en Jeremías, en Juan Bautista, su santo precursor, en san José esposo de María, santificándolos en el seno de sus madres; pero no era completo su triunfo. Hay, dice Bossuet, cierto momento en que el espíritu infernal se jacta de hacer inútiles los esfuerzos de la gracia, es el momento de la concepción. Será pues la victoria de Jesús completa, y el demonio plenamente vencido en todas partes, si María es inmaculada. Sólo ese privilegio puede realizar plenamente estas palabras que para ella fueron dichas: Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y ella te aplastará la cabeza [1].

3° El Hijo de Dios debía por amor á María hacer que naciera inmaculada. Para él no hay

1. Gen. I, 1.

sucesión de tiempos ; de toda eternidad, María debía ser madre suya ; por consiguiente, de toda eternidad le amó como madre. Pero no pudiendo en el Hijo de Dios ser el amor un sentimiento ocioso, debió dar á la que había de ser su madre lo que el sabía serle más grato, una pureza inmaculada. Está esa liberalidad en el corazón de un buen hijo, es para él el gozo más dulce, como el más dulce deber. De ahí, estas palabras que, en un admirable movimiento de fe y de amor, dirige Bossuet al Salvador del mundo : « ¡ Oh Niño bendito, por quien fueron hechos los siglos ! tú eres antes que todos los tiempos. Cuando tu madre fué concebida, tú la estabas mirando desde lo alto de los cielos ; tú mismo formabas sus miembros Eres tú quien inspiró el soplo de vida que animó esa carne de la cual debías sacar la tuya ; Oh ! ten cuidado, eterna Sabiduría, ten cuidado no se inficione de horrendo pecado en ese momento, y no caiga en posesión de Satán. Aparta esa desgracia por tu bondad ; empieza á honrar á tu madre ; haz que le aproveche el tener un hijo que existe antes que ella, puesto que, en suma, tú sabes muy bien que ella es ya madre tuya, y que tú eres ya su hijo. »

Terminemos estas consideraciones sobre la Inmaculada Concepción, con una reflexión práctica que parece brotar como de sí misma del misterio que acabamos de meditar : para

merecer que Jesucristo se encarnara en su seno, debió ser María la más pura de las criaturas, y para hacerla digna de tal honor, Dios le concedió el privilegio de ser inmaculada. Pues bien, con la comunión se encarna Jesucristo en vuestro corazón, como se encarnó en el de María ; como ella, tenéis la dicha de llevar á Jesucristo en vosotros.

¿ Sois puros como María ? tal sería necesario, sin embargo ; gemid y avergonzaos de estar tan lejos del modelo ; rogad á la Virgen mil y mil veces bendita que pida á su divino Hijo el hacer de vuestra alma una morada digna de él ; decidle repetidas veces estas palabras tan dulces al corazón de vuestra Madre : María sin pecado concebida, ruega por mí que acudo á ti.

« ¡ Cuán dulce es para un corazón que te ama, oh bien aventurada Virgen, el descansar en el pensamiento de tu eterna inocencia, de tu permanente y perpetua santidad ! Tú fuiste en el tiempo lo que fuiste en el pensamiento eterno de tu Hijo y de tu Dios, es decir la más pura, la más bella, la más santa de las criaturas. Alábese Satán por su fácil victoria sobre nosotros. Entone el himno lúgubre de su triunfo sobre nuestra cuna. Cante nuestro vencimiento y muerte desde el primer instante en que crecemos á la vida ! El se ha hecho pedazos contra la inocencia de nuestra dulce Madre ; se abrigó la vida sobrena-

tural en el corazón inmaculado de nuestra Reina, y el brazo de una mujer ahuyentó al soberbio enemigo de Dios y de los hombres. » (Abate Combalot).

EJERCICIO

Seamos fieles en hacer cada día examen de conciencia, para saber lo que en nuestro corazón puede chocar las miradas tan puras de María.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Leemos en la historia de España que un célebre navegante de dicha nación Alfonso de Albuquerque, fué sorprendido en sus viajes por una terrible tempestad y estuvo á pique de perecer con más de cien pasajeros. En lo más peligroso del lance, y mientras las irritadas olas amenazaban con tragarlo todo, vieron al noble capitán con un niño en sus brazos, levantándole hacia el cielo. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, y con voz angustiosa decía: ¡ Dios omnipotente, sálvanos! perdona á los culpables en favor de este inocente. A la vista de tal espectáculo, marineros y pasajeros cayeron todos de rodillas, mezclando sus ruegos y lágrimas á las lágrimas y ruegos de Albuquerque. Ese modo de implorar al cielo hizo á Dios dulce fuerza. Se aplacó el mar, y quedó salva la nave. Cristianos, eso debemos hacer todos. Pobres viajeros en este revuelto mar del mundo, estamos expuestos á que nos traguen las olas de las pasiones. Pero en esta nave en que viajamos, nos queda una esperanza, y es la Virgen inmaculada. Apenas creada ya está

llena de gracia; y por eso la mira Dios con ojos de complacencia; no le disgusta á él que la interpongamos entre su justicia y nuestra culpable frente. Tomemos en brazos esa tan dulce intercesora; levantémosla hacia el cielo, mientras duren las borrascas de la vida, y ella nos librará del naufragio, llevándonos sanos y salvos á la bienaventurada inmortalidad. Amén [1].

Abjuración de un ruso protestante. — En un hospital de Constantinopla, donde se hallaban reunidos sinnúmero de rusos, después de la guerra de Crimea, un joven polaco, gravemente herido en la pierna padecía intolerables dolores, que le arrancaban desgarradores gritos. Invocaba con todo corazón á la santa y dulce Virgen María. Estaba colocado al lado de él un ruso, protestante, herido también y enfermo de violenta disentería. Echaba éste tan insoportable olor, que todos se quejaban, enfermos y enfermeros. Por otra parte, parecía no hacer caso alguno de los actos de religión; y la hermana de caridad de servicio en la sala pasaba y volvía á pasar, sin que él se dignara mirarla, cuanto menos hablarle. Al contrario, el joven polaco llamaba á la hermana con frecuencia, y recibía con tanto gozo como agradecimiento sus cuidados y consuelos. Una noche, en que el joven católico padecía más de lo acostumbrado, llama á la hermana, pidiéndole auxilio, pues está perdiendo la paciencia, y apoderándose de él la desesperación; tan atroces y horrendos eran sus dolores. Le ampara la hermana, le consuela, le infunde confianza, dándole la medalla de la Virgen, y diciéndole que se la ponga en la herida. Consiente el joven enfermo, pone la mano sobre la herida para sostener en

1. Abate Girou, capellán de Santa Genoveva.

ella la medalla, y se duerme en esa postura. El protestante había hecho como si nada viese, pero todo lo había examinado y visto. Unos días después, llamó á la religiosa y le dijo : Hermana, déme á mí también lo que dió á ese joven, y que tanto le alivió, porque ¡ estoy padeciendo !... — Amigo, con mucho gusto, contestó la hermana, pero V. no tiene lo que cura ; fe y confianza... Ustedes los protestantes niegan el poder de la Virgen... y no la reconocen por su reina, abogada y madre. ¿ Qué haré pues, siendo una medalla de María la que dí á su vecino, y que tan luego le alivió ? — Démela también á mí, hermana ; yo creo cuanto me dice. Hace V. bien á todo el mundo, ¿ cómo podría engañarme ? — Pero en María, en la santa madre de Dios ¿ tiene V confianza ? ¿ cree en su poder misericordioso ? — Yo creo en todo, hermana ; puesto que María atiende á los desgraciados, y cura á los que padecen, no nos puede engañar.

Muy confiada la hermana, dió la medalla al pobre soldado ruso. Luego hubo maravilloso cambio en el enfermo. Pidió un sacerdote para que le instruyera, y después de estudiar algunos días la doctrina católica, y rezar con frecuencia á María, quiso abjurar de sus errores. Como se le había separado de los demás enfermos, por el olor que exhalaba, pudo agenciar las cosas á su gusto : Después de recibir el bautismo y la Eucaristía, no pudiendo contener su alborozo, exclamaba : ¡ Qué félicidad es ésta ! Jamás me vi tanto gozo en el corazón. Muy contento moriré de la herida que recibí en el campo de batalla, pues á ella le debo mi salvación ¡ Qué bueno es Dios de haberme sacado del error ! Sea la santísima Virgen María conocida en todas partes y amada por siempre... Y con esto expiró. *(Anales de la congregación de la Misión.)*

El padre convertido por su hija. — Un misionero de la Sociedad de María predicaba en una de las iglesias de Lyon, ciudad tan justamente nombrada la ciudad de María. Hablando de la Virgen, dijo entre otras cosas que era muy difícil no convertirse y no resolverse á la confesión, si uno llevaba con devoción la medalla milagrosa de la Inmaculada Concepción, sobre todo si recitaba siquiera tres veces la bella invocación que lleva por exergo. Al concluir el sermón, distribuyó á los fieles gran número de medallas. Había en el auditorio una niña de á penas siete años, que muy atenta estaba oyendo las palabras del misionero, proponiéndose ponerlas en experiencia. Vuelta á su casa nada tuvo por más urgente que el enseñar la medalla á su padre: ¿ No es verdad, padrecito, le dijo acariciándole cariñosa con sus manitas, ¿ no es verdad que el misionero me dió una bonita medalla ? mira que hermosa es ; y sobre todo la oración que hay al rededor ; léela y verás como te gusta. — Tomando el padre la medalla, pronunció á media voz estas palabras : *María sin pecado concebida, ruega por nosotros que acudimos á ti.* Apenas hubo concluido, le abrazó otra vez la niña con gran demostración de alegría : « Va bien, dijo entre sí, va bien ; ya recitó una vez la oración, y si yo tengo la habilidad y la suerte de que la diga todavía dos veces, mi querido padrecito irá á confesarse como lo aseguró el misionero. » Después de dejar á su padre un rato volvió, y con algunas zalamerís otra vez le enseñó la medalla, repitiendo que le parecía muy bonita, y añadió con tono algo tímido : me darías gran gusto, padrecito mío, si me leyeras otra vez esa oración que tan tierna me parece. — Niñita, déjame estar, contestó el padre ya te la dije una vez, y basta ; vete á jugar. » Pero la niña insistió tanto, que su padre ó por darle gusto, ó por zafarse de sus molestias, recitó otra vez la oración, añadiendo : « vamos

008782

ahora estarás contenta; espero que me dejarás en paz. » Y en efecto, estaba muy gozosa la niñita, á penas podía contener su júbilo. Con todo ello, le parecía cosa harto difícil hacer que su padre recitara la oración por tercera vez, y aplazó el negocio al día siguiente, no sin suplicar con todo corazón á la Virgen que le ayudara en su empresa; y para lograr con más seguridad esa gracia, encendió todos los cirios de su capillita.

Después de armar bien sus baterías, vuelve á su padre.

Por lo pronto, no le habla de nada; se manifiesta más cariñosa y zalamera que nunca, y como ve que se enternecé su padre, y corresponde á sus caricias, se aprovecha de ello para enseñarle otra vez la medalla; éste no puede menos de sonreirse, y dice: « Dale con la medalla; ¡ y qué contenta estás con ella! — Sí, por cierto repuso la niña, y más aún lo estaría, si tú quisieras decirme otra vez la oracioncita. Y como el padre se negaba alegando que ya la había dicho dos veces la víspera, estuvo ella tan amable y tan persistente, que por fin logró lo que deseaba. Mas apenas hubo pronunciado el padre las últimas palabras de la invocación: *María sin pecado concebida* cuando alborozada se puso la niña á palmotear, exclamando: « Ah! ¡ que contenta estoy, qué contenta! » Extrañado el padre de ese alborozo que él no puede explicar: « Yo creo que estás loca, dijo. — No por cierto, yo no estoy loca, padrecito. — Pues ¿ qué tienes? replicó el padre. — ¿ Qué tengo? que estoy en el colmo de la felicidad. Ayer tarde oí un sermón de un misionero que decía, asegurándolo, que aquellos que recitaran tres veces la oración: *María sin pecado concebida*, irían luego á confesión, volviéndose buenos cristianos; y tú la recitaste tres veces, luego... y mamá estará muy contenta, porque un día á fines de cuaresma, al entrar yo una tarde en

su cuarto, la encontré de rodillas; rezaba vertiendo muchas lágrimas, y como yo le pregunté qué tenía, ella se resistía á decírmelo, pero luego me dijo: « ¡ Ah! reza por tu padre, para que se decida á cumplir con la iglesia; ¡ Ay de mí! ¡ cuán cruel sería estar separados por toda la eternidad, habiendo vivido tan unidos en este mundo! »

Durante este discurso, estaba el padre vivamente enternecido, y llenos sus ojos de lágrimas. Tomando á la chiquita en sus rodillas, la estrechó entre sus brazos, asegurándole que en adelante sería fiel á sus deberes religiosos; y cumplió su palabra, siendo desde entonces excelente cristiano.